

ANTONIO DELTORO

YADHIGA

Velo de doncella, bastón de duende,
higuera estranguladora, gardenia de las rocas,
rata de la luna, serpiente dorada y voladora.
Este río que ves corre por el camino de la felicidad;
por eso sus aguas cantan y son azules.
Estas piedras se quedaron al borde;
esperan una inundación que las arrastre.
De estos árboles son más dichosas
las raíces que tocan el agua
que sus copas nacidas para el viento.
Tras el frío y el ruido, el oculo verde y perfecto,
el calor adormecedor y dulce,
la levitación de las nubes y el vuelo de los pájaros.
Agua que se pierde en el aire de un día transparente.
Agua de la calma y el silencio.
Agua nacida de la lluvia.
Agua corriendo a la deriva, saltando por las piedras.
Como el último brote de la rama
eres un agradecer, una nube también, una delicia.
Eres el ojo por el que entra la luz,
la rosa, el jabalí, la fuente que mana todo el día.
Eres como la espuma al atardecer; un rosario de instantes,
en la orilla desnuda, cubierta por las olas,
en la paz de un mar agitado y salvaje.
Tal como el mar, si te duermes no importa:
en la ausencia del sol, te hinchas y desbordas,
creces en sonido y espuma, te bates con la costa.